

HERNÁNDEZ I MARTÍ, GIL MANUEL (2015).  
*Ante el derrumbe. La crisis y nosotros*. Madrid:  
Mandala.

“Si yo no cambio un poco mis fallas, mis males,  
¿cómo cambiar entonces las tierras, los mares?”  
(Daniel Viglittetti, *Mucho, poquito y nada*)

“Caldrà mirar amb serenor molt endins d’un mateix /  
com primer pas que ens il·lumini l’univers.”  
(LLuís Llach, *I ara de nou*)

Ignoro si Gil Manuel Hernández i Martí habrá recordado en alguna ocasión, mientras escribía su nuevo libro, los versos con que encabezamos esta reseña. En todo caso, en ellos se podría encontrar el programa de búsqueda que ha inducido al autor a escribirlo: si no nos cambiamos a nosotros mismos, ¿podemos aspirar a mejorar el mundo? Y ¿puede uno comprender e intentar transformar sin observarse a sí mismo, sin buscar dentro de sí los demonios que encontramos fuera, en esta civilización capitalista que se derrumba? A estas preguntas se intenta dar respuesta a lo largo de las páginas de este breve pero condensado ensayo, que dista de ser, como pudiera sugerir el título, un libro más sobre esta crisis que no parece en camino de resolverse.

Lo primero que nos llama la atención, apenas iniciada la lectura de *Ante el derrumbe*, es el espectacular giro que ha dado su autor: si en sus fundamentales obras sobre fiestas valencianas

aunaba modélicamente la sociología, la antropología y la historia, y en su trilogía sobre la globalización sintetizaba la mejor bibliografía disponible sin renunciar a lanzar propuestas propias, en todos los casos una sólida base teórica se veía cimentada en abundante material empírico. Bien cierto es que Hernández se ha caracterizado siempre por el uso poco convencional de fuentes heterodoxas: basta recordar cómo en *Falles i franquisme* la referencia bibliográfica en que basa su explicación del kitsch fallero es *La insoportable levedad del ser*, o cómo en los libros sobre la globalización el cine se utiliza a la vez como ejemplo ilustrativo y herramienta de análisis. Sin embargo, el que ahora nos ocupa es un libro rupturista: con la trayectoria de quien lo escribe y con las formas más o menos hegemónicas de practicar las ciencias sociales. Al respecto, el propio autor nos advierte de que no estamos ante un estudio sociológico, sino ante un libro de agitación, un panfleto, diría yo, en el mejor sentido de la palabra (como “opúsculo de carácter agresivo” define a este género la Real Academia Española de la Lengua). De ahí que pueda sorprender, a quien haya leído libros anteriores de Gil-Manuel Hernández, el tono en ocasiones apocalíptico que emplea; en descargo suyo, diremos que estamos ante una situación que lo exige. En todo caso, hay que remarcar que la base sociológica está completamente trascendida: no se trata ya de interdisciplinariedad, pues lejos queda de las intenciones del autor conseguir un enriquecimiento de la sociología mediante el

recurso al diálogo con otras disciplinas. Se pretende, así, un tipo de análisis novedoso, un ensayo enraizado tanto en la filosofía cuántica como en la zen o la kantiana, en la psicología profunda o en el psicoanálisis jungiano. Si bien esta última perspectiva resulta, a mi entender, fundamental para comprender bien el libro, hay que decir que, en general, el conjunto de las citadas perspectivas aporta al libro tanto como las ciencias sociales, o incluso más.

Entrando en el meollo de la obra, hay que decir que ésta toca, desde un planteamiento original, un punto crucial: la relación entre estructuras y acciones sociales. Para no engañar al lector, hay que aclarar que no es exactamente en estos términos como el autor lo plantea: de lo que se nos habla es de la relación entre consciencia personal y transformación colectiva (una manera distinta de aproximarse a la problemática tensión individuo-sociedad, en definitiva). Advierte certeramente Hernández que, si dentro de nosotros está siempre la sociedad, en una sociedad globalizada es el mundo entero lo que interiorizamos. Por tanto, no se puede cambiar una cosa sin transformar la otra.

Con voluntad globalizante, en el libro se toca todo: desde la maldad intrínseca del capitalismo hasta la proliferación del asma (y por supuesto la relación entre ambos fenómenos), pasando por la desigualdad, los gobiernos, la democracia (y por qué no funciona), la explotación, los centros comerciales, las vacaciones, la ciencia, la universidad, las relaciones personales o las emociones. Dentro de estas últimas, al autor no

se le escapa el papel central del miedo, pues este es clave para el funcionamiento de un capitalismo que actúa como una gran fábrica del mismo.

Retomando una tradición que nos llevaría al “robot alegre” de Mills, al “hombre unidimensional” de Marcuse o a los “pequeños hombrecitos” de Reich (que es citado de manera expresa), se destaca cómo el implacable proceso de colonización del capitalismo no se reduce a lo económico: los factores culturales son de tal importancia que el capitalismo ha colonizado nuestras mentes, convirtiéndose en un “estado mental” capaz de reabsorber en beneficio propio cualquier corriente alternativa crítica. El ejemplo más elocuente –y uno de los más recientes– al respecto sería la constitución de un “capitalismo espiritual” que ha conseguido que las espiritualidades heterodoxas o disidentes de décadas pasadas se conviertan en ideología y en estilos de vida paradigmáticos del nuevo capitalismo.

Una y otra vez, el autor insiste: la transformación colectiva sólo es posible si nos atrevemos a la transformación personal, y la clave de tal transformación es un proceso previo y profundo de introspección. Evidentemente, hablar de introspección nos lleva a pensar en los libros de autoayuda, pero nada más lejos de la realidad: no estamos ante una propuesta que profundiza en el proceso de individualización y disuelve los vínculos comunitarios; no es un bucear narcisista para encontrar la autenticidad del yo, sino para ver qué fantasmas, que demonios, qué “sombras” encontramos en

nosotros y que contribuyen al afianzamiento de la desigualdad, de la injusticia, del capitalismo. El bien común, y no la mejora individual, es el objetivo de la transformación interior: “sin comunidad no hay humanidad”, afirma el autor.

Transformación interior, pues, como premisa irrenunciable para una transformación que debe ser colectiva. Sólo esto puede, según el diagnóstico de Hernández, hacer frente al capitalismo, que es el Mal con mayúsculas. Podríamos añadir, al respecto, que definir al capitalismo de esta manera implica una dimensión ética. Pero se trataría entonces de una ética anclada en la política, una ética de lo colectivo, que ubicaría al autor en una genealogía que se remonta a Aristóteles y que recoge en su seno a pensadores como Gramsci o Manuel Sacristán.

En verdad, pueden ser numerosos los puntos del libro con los que no estemos de acuerdo: podemos plantearnos, por ejemplo, qué puede hacer una ética centrada en el individuo de cara a la transformación global (pensemos por ejemplo en el cambio climático), pero al respecto hay que recordar que el autor nunca ofrece soluciones fáciles o dogmáticas; antes bien, huyendo de cualquier atisbo de mesianismo, se nos insiste en que la lucha es difícil de ganar, pues tenemos que ganarnos a nosotros mismos y luego ganar contra el Mal, para seguir así ganándonos a nosotros mismos. Y, además, hay que luchar sin descanso y sin una meta predeterminada (un paraíso en la tierra que sólo conduce a totalitarismos); sólo hay un camino sin fin por el que ir avanzando.

Otros aspectos del libro resultan discutibles: podemos plantearnos si la introspección interior, aun huyendo del narcisismo, no deja de suponer una separación entre el adentro y el afuera que algunas corrientes de la sociología –partiendo de Goethe– han rechazado de plano. Por otra parte, podríamos apuntar que no queda demasiado clara la postura del autor ante el proceso de secularización. Pero a mi entender el punto más discutible está en el papel que juegan los arquetipos en su modelo explicativo: si estos ya están definidos desde la mitología griega, ¿no quitamos responsabilidad al capitalismo? Por otra parte, ¿por qué precisamente en la mitología griega?

Así, el libro en ocasiones indigna, en otras duele; siempre agita. Al fin y al cabo, es lo que pretende el autor. En todo caso, es un libro muy discutible, pero siempre honesto y, desde luego, de lectura apasionante, además de bien escrito (algo a lo que Hernández nos tiene acostumbrados). Una lectura sin duda interesante ante el derrumbe en que nos vemos inmersos, y que es irreversible: o levantamos algo nuevo o continuamos en caída libre hacia la nada. Hay pues que agradecer al autor su valentía; en primer lugar, al escribir un libro en las antípodas del *paper* académico, que es lo único que hoy vale para intentar medrar dentro de una cultura universitaria burocrática y jotacerril (perdónese el neologismo), obsesionada con las divisiones escolásticas de cuartiles e índices de impacto. Y en segundo lugar, por su valentía frente actitudes gremialistas que le reprocharán sin duda servirse

de la filosofía, de la física o del psicoanálisis. Ante estas, sólo recordaría, por si pudiese servir de algo, que autores como Walter Benjamin, Ernest Bloch o Simone Weil supieron usar la teología de manera revolucionaria.

DOI: 10.7203/KAM.5.6726

PEDRO GARCÍA PILÁN  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA